

Vol. 5, No. 10 / julio - diciembre de 2013 / ISSN: 2145-132X

# HiSTOReLo

REVISTA DE HISTORIA REGIONAL Y LOCAL

## Entrevista

“...la pasión con la que los maestros y personas mayores relataban la historia incidió en mi formación...”

*Entrevista a Albeiro Valencia Llano*  
*Profesor Distinguido*  
Universidad de Caldas, Colombia  
Realizada el 9 de septiembre de 2013

**Renzo Ramírez Bacca**  
Universidad Nacional de Colombia

Recepción: 9 de septiembre de 2013  
Aprobación: 25 de septiembre de 2013

Páginas: 330-346

**i**



## Entrevista a Albeiro Valencia Llano, Profesor Distinguido de la Univer- sidad de Caldas, realizada en el marco del IV Simposio Colombiano de Historia Regional y Local

**Renzo Ramírez Bacca\***

---

\* Historiador, MA y PhD en Historia de la Universidad de Goteburgo (Suecia). Es Profesor Titular adscrito a la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas - Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín e Investigador Principal del Grupo de Investigación Historia, Trabajo, Sociedad y Cultura. Correo electrónico: rramirez@unal.edu.co

El IV Simposio Colombiano de Historia Regional y Local, tuvo como sede anfitriona a la Universidad de Caldas en mayo de 2013. Al evento fue invitado, entre otros historiadores, uno de los más distinguidos historiadores del Departamento de Caldas, el Dr. Albeiro Valencia Llano. El reconocimiento a su trabajo llega del nivel regional, en especial por recibir el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar en 1988, pero también por su aporte gremial a la Centro de Historia de Manizales, la Academia Caldense de Historia, la Academia Colombiana de Historia Eclesiásticas, el Consejo Departamental de Patrimonio Cultural, la Sociedad de Mejoras Publicas, la Sociedad de Historia de la Educación Latinoamericana y la Asociación Colombiana de Historia Regional y Local. Es desde su experiencia académica, institucional e investigativa que sus aportes giran en torno a la problemática de colonización, poblamiento y vida cotidiana en el Gran Caldas. Por eso queremos iniciar con la siguiente pregunta:

### Albeiro, ¿Qué representa el concepto de “frontera” para la historiografía regional?

Este concepto se usa para las zonas de migración. También se habla de “frontera permanente”, caracterizada por su inmovilidad, y de “frontera en movimiento”. En los períodos colonial y republicano (siglo XIX) se acaparaba o controlaba la tierra baldía y se transformaba en latifundio parasitario, que luego se destinaba a la ganadería extensiva en la medida en que se corriera la frontera. Numerosos factores contribuyeron a mover los “límites de la periferia”, como la minería, la cercanía de un camino importante, un puerto, un paso sobre un río (como Bufú o La Cana sobre el Cauca), la fundación de una aldea o pueblo y, sobre todo, las guerras civiles que, por la construcción de caminos y puentes, convierten la “frontera” en foco de atracción para organizar haciendas de ganado vacuno y de caña para panela y aguardiente.

Es muy importante la “frontera colonial” como una relación social y de poder entre los núcleos urbanos y los pueblos de indios y zonas mineras; en este

ambiente aparece el forcejeo por controlar la fuerza de trabajo. Sobre este aspecto tenemos numerosos ejemplos en Popayán, Cali, Cartago y Rionegro.

Acerca de la “frontera republicana” la historiografía se ha preocupado por la llamada “frontera del sur de Antioquia”, cuyo límite era la población colonial de Arma; y la “frontera del norte caucano” que, aunque iba hasta Cartago, tenía un importante “enclave”, en la rica zona minera de Marmato, Vega de Supía y Quiebralomo. El Camino Real de Occidente ponía en contacto las dos fronteras.

Afortunadamente la historiografía regional muestra numerosos estudios sobre ambas fronteras en movimiento, sacudidas por las migraciones en medio de las guerras de independencia y luego por las guerras civiles del siglo XIX. Hay poblamiento y modificación de las fronteras. Los inmensos baldíos se van ocupando desde Antioquia, pero en el Cauca hay un vivo interés en que se desarrolle este fenómeno, y lo observamos en los sectores dirigentes de Cali, Buga y Cartago. La construcción del “Camino del Privilegio”, que pondría en comunicación a Cartago con Neira (o al Cauca con Antioquia) y la fundación de Santa Rosa de Cabal, son buenos ejemplos.

## En sus resultados investigativos, ¿Cómo explicar el fenómeno de la colonización de la Cordillera Central colombiana durante el siglo XIX?

Desde finales del siglo XVIII están en crisis la economía y la sociedad colonial, y en Antioquia se presentan las condiciones para buscarle una salida sin muchos traumas. La situación era la siguiente: había muchas propiedades del tipo de donación real, conservadas en forma parasitaria, como las concesiones Quintana y Villegas; la crisis de la minería produjo desempleo, y la miseria y el hambre se estaban apoderando de varias regiones pobladas por campesinos sin tierra y por mineros independientes. Además las reformas del Oidor Juan Antonio Mon y Velarde contribuyeron al desplazamiento de campesinos pobres hacia el sur.

Pero las migraciones no se producen en forma mecánica y espontánea, pues

desde 1800 hay varios focos de atracción que favorecen la llegada de miles de familias con el ánimo de tumbar la selva, montar fincas, abrir caminos y fundar aldeas y pueblos.

Desde la Colonia el camino más importante para unir a Medellín con Popayán fue el “Camino Real de Occidente”, o simplemente “Camino de Popayán”; largo y difícil que se recorría en 25 días, pero a caballo y en verano. La ruta comprendía Medellín, Rionegro, Armaviejo, cruzaba el río Cauca en el paso de Bufú, seguía a Anserma, Cartago, Cali y Popayán. El llamado Paso de Bufú ponía en comunicación las provincias de Antioquia y Cauca, y por su cercanía con Arma y con la futura colonia de Aguadas, favoreció la colonización de la zona y la fundación de pueblos hacia el sur.

Otro factor importante fue la resurrección de la población de Arma Vieja, fundada en 1542, pero entró en crisis cuando se diezmaron los cacicazgos indígenas; sin embargo nunca desapareció. Salió de su letargo, desde 1800, gracias a su ubicación al lado del Camino de Popayán, por su relación con las jóvenes poblaciones de Abejorral y Sonsón y porque poseía los títulos de ese inmenso globo de tierra del sur de Antioquia, hasta donde se fundaría la aldea de Manizales.

Las minas de oro y plata de Marmato, Vega de Supía y Quiebralomo permanecieron en explotación durante todo el período colonial y se activaron desde 1825. Aquí hicieron presencia permanente los dueños de cuadrilla de esclavos de Popayán y de Antioquia y abundante mano de obra libre; la región era frecuentada por comerciantes que se movían desde Mariquita y Popayán. También llegaban empresarios para montar haciendas de ganado y caña de azúcar, en esta “tierra de nadie”. Pero había escasez de comida que se solucionó con la colonización de la Cordillera Central, cuando se fundaron las poblaciones de Aguadas, Pácora, Salamina y Neira, entre 1814 y 1842.

El proceso de independencia en la zona de frontera, entre Antioquia y Cauca, involucró a todos los grupos sociales. La élite criolla siguió con mucho cuidado los gritos de independencia que se estaban dando en las otras provincias y logró vincularse al movimiento de las Ciudades Confederadas del Valle del Cauca (desde 1811). Por su parte las comunidades supieron aprovechar el caos, generado por las guerras, en su propio beneficio; los campesinos pobres, antioqueños y cau-

canos, se convirtieron en colonos y avanzaron hacia la Cordillera para tumbar el bosque, organizar parcelas, abrir caminos y fundar colonias.

Desde 1825 llegaron a la región minera de Marmato, Supía y Riosucio, numerosas compañías de Inglaterra para explotar las minas de oro y plata; de este modo se modernizó la producción de oro, pues las empresas trajeron de Europa la maquinaria y las herramientas necesarias, así como ingenieros y mano de obra especializada. Y como había pocos suministros agrícolas no quedó otro recurso que pensar en los campesinos que estaban tumbando selva y organizando parcelas para producir artículos de subsistencia, en la Cordillera Central, al otro lado del río Cauca.

Mientras tanto la colonización marchaba hacia el sur desde Manizales, en dirección de Cartago, en territorio caucano. El gobierno había concedido al señor Félix de la Abadía, el privilegio de construir un camino para unir a Cartago con las recién fundadas aldeas de Santa Rosa de Cabal (1844) y Manizales (1848), hasta empatar con la vía de Salamina y Medellín; por esta senda entraron los campesinos pobres para tumbar la selva en la arrugada geografía de la Cordillera Central.

Después le llegó el turno al ondulado altiplano del Quindío, ubicado al sur de Pereira; una zona de 40 kilómetros cuadrados y de suelo rico en ceniza volcánica. Desde la Colonia se había conservado el Camino del Quindío, importante arteria que unía el centro del país con las regiones del occidente y sur, pero ofrecía incontables penalidades a los viajeros. Aquí surgió un fenómeno diferente que contribuyó a la colonización de esta parte de la cordillera: hacia 1870 numerosas leyendas circulan, en Tolima y Antioquia, sobre las riquezas del Quindío, como el Tesoro del Cacique Pipintá y la laguna de Maravélez; al mismo tiempo se habla de ricas guacas, de caciques enterrados con sus tesoros. Numerosos grupos de guaqueros recorrieron la región y realizaron una inmensa destrucción de yacimientos arqueológicos.

En busca de sepulturas indígenas y minas de oro se fueron perfilando los fundadores de pueblos en el Quindío, pues los que se desilusionaban con las sepulturas indígenas se dedicaban a tumbar la selva en un “territorio de nadie”. El proceso se acentuó después de la guerra civil de 1885, cuando numerosos excomba-

tientes llegaron de Antioquia, Tolima y Cauca a la selva del Quindío ilusionados con los tesoros y para evadir los reclutamientos.

De este modo, y en un proceso de cien años, campesinos pobres de diferentes regiones se fueron adueñando de la Cordillera Central, tumbaron árboles, levantaron fincas, trazaron caminos, construyeron fondas y posadas, fundaron pueblos y crearon un mercado interno. No fue fácil, porque tuvieron que enfrentar la acción de los empresarios dueños de baldíos y de concesiones de tierras, pero “impusieron” una reforma agraria.

## ¿Por qué los historiadores colombianos poco han contribuido al concepto de “región”?

Considero que parte del problema radica en las dificultades para definir la Región como concepto histórico, político y cultural; es necesario estudiar el surgimiento de las regiones, el número, sus diferencias, la conciencia de región, el poder local y regional, el regionalismo, las identidades regionales, los crisoles culturales y las formas de construcción de nuestra nación. También existe el temor de quedarse en lo local sin ver el contexto nacional.

En 1979 la Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales (FAES) organizó en Medellín un seminario sobre los estudios regionales en Colombia y empezó por analizar el caso de Antioquia; al evento asistieron los más reconocidos historiadores colombianos; recuerdo a un puñado de ellos: Jaime Jaramillo Uribe, Germán Colmenares, José Antonio Ocampo, Álvaro Tirado Mejía y Jorge Orlando Melo. Pero también asistieron varios extranjeros colombianistas como Frank Safford, Ann Twinam y Charles Berquist. Afortunadamente se publicó un libro sobre las memorias que ayuda a entender parte de la realidad regional de Colombia.

Sin embargo, se han hecho muy pocos ejercicios de esta naturaleza y sabemos que es necesario estudiar mejor las regiones socioculturales del país; las raíces se hunden en la Colonia, pero su formación y las identidades regionales datan de la



era republicana. Pienso que las regiones aparecieron dentro del proceso de formación del Estado-nación, y que si los historiadores colombianos quieren avanzar hacia el concepto de “región”, deberán leer mejor a los viajeros y escritores costumbristas del siglo XIX, sin olvidar la literatura histórica de la República.

## En su opinión, ¿se requiere de una mejor historia regional, para poder hablar de una verdadera historia nacional? Aunque son muy pocos los que hacen verdaderas historias regionales... Ud., es uno de ellos

Considero que esto es correcto, al fin y al cabo Colombia es un país de regiones. Salimos de las guerras de Independencia con un territorio y una sociedad fragmentados y con una economía muy local y sin posibilidades de mercado interno. Las tres cordilleras y los ríos Cauca y Magdalena encerraban unas regiones muy separadas entre sí por barreras geográficas y culturales; Bogotá quedaba “lejísimos” y ni hablar de las dos costas y los Llanos Orientales. La gente podía “imaginar” la localidad o la región, pero era imposible “pensar” en la nación.

Las guerras civiles contribuyeron a la construcción de puentes sobre los ríos y caminos de herradura y ayudaron a que los peones, que participaban en los ejércitos, conocieran nuevas poblaciones y culturas, pero el país seguía fragmentado. Esta realidad era narrada por los viajeros como Manuel Ancízar en *Peregrinación de Alpha*; Manuel Pombo, en su *Diario de viaje, de Medellín a Bogotá*; Manuel Uribe Ángel en *Geografía General del Estado de Antioquia en Colombia* y Juan Bautista Boussingault, en sus Memorias, para mencionar sólo unos cuantos.

Los viajeros son cronistas de la vida cotidiana, hacen descripciones de caminos, aldeas, pueblos y ciudades. Sus páginas son cuadros de costumbres y minuciosos relatos de paisajes. Ellos hicieron posible que se conocieran las regiones y el país, porque en el siglo XIX el habitante de una aldea a duras penas conocía la cabecera municipal y no había conciencia ni de región, ni de nación.

En este orden de ideas podríamos decir lo mismo de autores costumbristas

como Eugenio Díaz, José Manuel Groot, José Manuel Marroquín, Medardo Rivas y Santiago Pérez; y, por supuesto, de alguien de la dimensión de don Tomás Carrasquilla. Todos estos escritores, y otros que no menciono, ayudan a ver las regiones, a entenderlas; sin embargo entre los académicos todavía no hay consenso sobre cómo definir las regiones colombianas; y, sobre todo, es necesario entender que las regiones fueron surgiendo en el proceso de formación del Estado-nación.

Finalmente, pienso que se necesita una mejor historia regional para poder hablar de una verdadera historia nacional. No se trata de la sumatoria de historias regionales, pero es muy útil el análisis comparativo. Así podemos avanzar hacia un espíritu nacionalista propio; oponiendo región a regionalismo y aplicando el aforismo de que lo local es la célula de lo global, pienso que “hay que actuar localmente para pensar globalmente”. En Colombia sólo superamos las identidades regionales y las enemistades interregionales, pensamos como país y nos bañamos de nacionalismo, si personas como Pambelé y Miguel “Happy” Lora, consiguen títulos mundiales de boxeo; o cuando la Selección Colombia le gana a la de Argentina por cinco-cero y los ciclistas Lucho Herrera y Nairo Quintana ganan la camiseta de “Montaña” en el Tour de Francia y, por supuesto, cuando se conquista una presea dorada en los Juegos Olímpicos.

Sin embargo padecemos un conflicto interno desde hace medio siglo y cada región lo sufre y enfrenta como puede.

## ¿Por qué decidió formarse como historiador?

Mi niñez transcurrió en el corregimiento de Castilla, en el municipio de Pácora, un pequeño caserío con una tradición histórica muy importante: está ubicado en el norte del departamento de Caldas, cerca de la población de Arma, con el río Cauca como límite y con Marmato al otro lado; el poblado estaba situado en el viejo camino de Bufú y poseía las famosas minas de oro de Miraflores y El Bureo, explotadas por empresarios de Marmato. En el siglo XIX el territorio era zona de fronte-

ra entre Antioquia y Cauca, vivió el proceso de migración de campesinos pobres de Antioquia que impulsaron el fenómeno de tumbar la selva para formar fincas y se vinculó a las guerras civiles, especialmente a la de Los Supremos.

Todos estos hechos fueron recogidos por la tradición oral, plasmados en las historias locales del siglo pasado y transmitidos por los educadores a sus estudiantes; seguramente la pasión con la que los maestros y personas mayores relataban la historia incidió en mi formación.

Después estudié dos años de educación básica secundaria en el municipio de Itagüí, y conocí lo que era el regionalismo; me llamó la atención que los estudiantes cantaran con más sentimiento el Himno de Antioquia, de Epifanio Mejía, que el Himno de Colombia. Años más tarde ingresé a la Universidad Santiago de Cali y allí conocí a docentes que me entusiasmaron por la historia, como Nicolás y Enrique Buenaventura. La visita a los archivos históricos de Popayán y la atracción que ejercía esta ciudad colonial ayudaron a definir mi vocación por esta disciplina.

## Usted estudió el marxismo como filosofía histórica para interpretar la historia, ¿cuál fue su experiencia?

El marxismo me ayudó a interrogar las fuentes, al análisis de la bibliografía y a redactar un documento que se convirtió en mi tesis doctoral. Utilicé la obra *El Desarrollo del Capitalismo en Rusia*, escrita por V.I. Lenin, donde muestra el proceso de formación del mercado interno para la gran industria y tomé algunas pautas metodológicas que apliqué, posteriormente, en mis investigaciones sobre historia de la región Caldense: diferenciación del campesinado, transición de los latifundistas del servicio personal a la economía capitalista, el peonazgo, la formación de los trabajadores agrícolas asalariados, el desarrollo de la agricultura comercial y la formación del mercado interno.

Además, mientras leía a los agraristas soviéticos para analizar el enfoque teórico y metodológico, me dediqué a la lectura de cuentos y novelas de la literatura rusa: fueron de inmenso valor las obras de Nikolai Gogol y Antón Chejov, así

como las de novelistas de la dimensión de Tolstoi en *Guerra y Paz*, o de Mijail Shólojov en *Campos Roturados*. Sobre estos aspectos considero que la literatura me permitió interesarme en el campesino y su entorno cotidiano, así como en los intelectuales.

**Usted fue profesor por casi treinta años de la Universidad de Caldas, era la década cuando se estaban consolidando los primeros programas de historia en el país. ¿Su experiencia docente e investigativa en el sistema universitario colombiano cómo fue?**

Tuve la suerte de vincularme a la Universidad de Caldas, una institución que pertenece a una ciudad y a un departamento donde los estudios históricos se han valorado desde los primeros años de creación del departamento, en 1905. Para esta época los empresarios, políticos e intelectuales de la nueva región veían con preocupación que el departamento era una especie de colcha de retazos, que se había conformado con diversas culturas como resultado de diferentes corrientes migratorias. En este territorio sobrevivían varios resguardos indígenas y algunas localidades con fuerte presencia de afrocolombianos, más los descendientes de los campesinos que llegaron de Antioquia, Tolima, Cauca y Boyacá, que derribaron la selva y fundaron pueblos.

Para enfrentar la diversidad cultural y sembrar conciencia de región, los escritores e historiadores aficionados se dedicaron a estudiar los períodos de Conquista, Colonia, y acerca del reciente proceso de colonización. Había un gran acervo documental en casi todos los municipios. Pero, además, mucha información histórica abandonada en baúles y en armarios: documentos, libros antiguos, biografías familiares, mapas, testamentos, libros de cuentas, cartas personales; “papeles viejos” que fueron desempolvados, la evocación del pasado y de las tradiciones contribuyeron a aclarar y a consolidar la identidad, se empezó a tener conciencia de región y de nación.

Como fruto de esta preocupación surgió la revista *Archivo Historial* del Centro de Estudios Históricos de Manizales, que se empezó a publicar en 1918, bajo la dirección del historiador santandereano Enrique Otero D'Costa y con el apoyo de la Asamblea Departamental; el incendio de julio de 1925, que arrasó con 32 manzanas del centro de la ciudad, consumió también la valiosa documentación sobre el departamento de Caldas y se suspendió la publicación del *Archivo Historial*, hasta 1930, cuando empezó la segunda etapa.

Pero lo que quiero significar es que a partir de esta revista, y de algunas otras publicaciones literarias, se sembró en varias generaciones de manizaleños, y en habitantes de otros municipios del departamento, un profundo interés por las historias locales y por la tradición histórica de la región.

Este era el ambiente en los años setenta, cuando me vinculé como docente a la Universidad de Caldas, institución que apoyaba con financiación las investigaciones que, sobre historia de la región, realizaban sus profesores. Pero, además, con un grupo grande de historiadores de las otras universidades públicas de Risaralda y Quindío, empezamos a participar en los congresos nacionales de historia y, de este modo, la relación con pares nacionales e internacionales se hizo fluida y estimulante, por ejemplo con los investigadores Germán Colmenares, Javier Ocampo López, Víctor Álvarez, Luis Javier Ortiz, Víctor Zuluaga y Orlando Fals Borda. El trato con investigadores de otras universidades permitía discutir temas, problemas y puntos de vista; intercambiar información, conocer nuevas fuentes documentales y archivos históricos.

Otra etapa de este proceso es la publicación de artículos y resultados de investigaciones; sobre este aspecto debo anotar que las universidades de la región estimulaban las publicaciones de artículos y libros y promovían la difusión en el sistema universitario. Además la Imprenta Departamental de Caldas y el diario *La Patria*, de Manizales, se sumaron a esta política de difundir las experiencias investigativas de historiadores y escritores.

En los años ochenta, cuando había ayudado a impulsar algunas líneas de investigación sobre historia regional del antiguo departamento de Caldas, me vinculé con docentes de otras instituciones universitarias del país para compartir experiencias con estudiantes de los programas de historia y de ciencias sociales.

## ¿Y en las academias y sociedades de las cuales es Ud. miembro?

Cuando ingresé como profesor de la Universidad de Caldas me vinculé a instituciones que promovían publicaciones en los campos de la historia y de la cultura, como el Centro de Historia de Manizales, la Secretaría de Cultura de Caldas, la Sociedad de Mejoras Públicas y el diario *La Patria*; colaboré con la publicación de ensayos en las revistas *Archivo Historial y Civismo* y con la edición de artículos coleccionables, en el diario *La Patria*, dirigidos a estudiantes, educadores y público en general, de los municipios del departamento. Al mismo tiempo la Universidad de Caldas estaba desarrollando la creación de programas académicos en varios municipios de la región y la Licenciatura en Ciencias Sociales fue muy bien acogida; sobre esta base ayudamos a inventariar y organizar algunos archivos municipales, y los estudiantes pudieron dedicarse a rescatar las historias locales y ayudaron a crear conciencia sobre la importancia de valorar y cuidar las fuentes históricas, los documentos.

En este recorrido un grupo de docentes universitarios e investigadores sobre la región denominada Antiguo Caldas (Quindío, Risaralda y Caldas), fundamos en agosto de 2002 la Academia Caldense de Historia con el objeto de fomentar, elaborar y promover investigaciones interdisciplinarias en las áreas de la historia, las ciencias sociales y disciplinas afines y para mantener relaciones con organizaciones similares del país y del mundo, facilitando el intercambio. Para llegar a este punto habíamos trasegado un largo camino rico en experiencias sobre el rescate de la historia local y regional: el fortalecimiento del Centro de Estudios Históricos de Manizales y de Caldas; la creación del programa “Citas con la Historia”, que eran ciclos de conferencias que se realizaban en los municipios de los departamentos de Caldas y Risaralda, la fundación de las revistas *Registros de Historia y Supía Histórico*, y la publicación de una serie de fascículos sobre historia regional, en el diario *La Patria*.

Estos fueron los antecedentes para crear la Academia Caldense de Historia, conformada por profesionales de la historia, académicos de larga trayectoria, pro-

fesores universitarios y autores de monografías de los municipios. A lo largo de estos años hemos logrado conformar un grupo de investigadores que viene haciendo aportes a la identidad regional por medio de nuestra revista *Impronta* y de la publicación de obras sobre la historia comarcana. Desde esta institución nos vinculamos con estudiantes y docentes de los programas de historia y ciencias sociales de la región y del país.

## Para finalizar, ¿Cuál es su mejor recomendación para las nuevas generaciones de historiadores en formación? Y, para los profesores de carrera universitaria...

Al respecto parto de mi propia experiencia. Un buen número de historiadores de mi generación nos entusiasmos con las tendencias europeas como la Escuela de Annales y las corrientes historiográficas de Inglaterra y Alemania. Leímos con atención a Jean Paul Sartre, Louis Althusser y Michel Foucault; estudiamos las obras de pioneros como Jaime Jaramillo, Gerardo Molina, Juan Friede, Darío Mesa y Antonio García. Nos detuvimos para analizar los trabajos de Luis Eduardo Nieto Arteta y de Luis Ospina Vásquez. Luego seguimos las orientaciones teóricas y metodológicas de un grupo grande de historiadores consagrados: Germán Colmenares, Jorge Orlando Melo, Álvaro Tirado Mejía, Marco Palacios, Mariano Arango, Absalón Machado, Jorge Palacios Preciado, Javier Ocampo López, Renán Silva, Gonzalo Sánchez, Mauricio Archila, Jesús Antonio Bejarano, Hermes Tovar y otros muchos. Pero, además, había un grupo grande de historiadores colombianistas extranjeros, a quienes seguíamos con mucho juicio.

Lo anterior para señalar que le dedicábamos el tiempo necesario a la literatura histórica, con el fin de mirar su realidad, tendencias y perspectivas. En esta dirección me atrevería a recomendar a los historiadores que se están formando, leer con atención los balances historiográficos; por ejemplo el de Jorge Orlando Melo *Los estudios históricos en Colombia: situación actual y tendencias predominantes*, y analizar otros de más actualidad, para conocer el avance y estado de la

investigación histórica. Se trata de mirar aspectos de teorías, de métodos, de fuentes, de revisar los avances de la disciplina, el estado de la historiografía y del pensamiento histórico.

Considero que al escribir los informes debemos pensar en nuestros lectores; esto significa que el lenguaje debe ser claro, preciso, directo y ameno, lo que se consigue con la afición a la lectura. Pienso que nos podemos apoyar en la literatura para escribir bien, sin dejar de ser historiadores y sin tener pretensiones de escritores.

A los estudiantes de historia y a los profesores me atrevo a decirles que se aprende a investigar, investigando [indagando], sumergiéndose en la diversidad temática para seleccionar problemas y enfrentarse luego a la teoría, al método, a las técnicas y a las fuentes. Sobre estos aspectos tan importantes recomiendo seguir algún modelo. Por ejemplo estudiar a ese pionero y promotor de la microhistoria llamado Luis González, quien sembró en sus alumnos el interés por la investigación local y regional; su obra *El oficio de historiar*, es una buena lección, una forma de aprender metodología de investigación.



